

Aprender a aprender pasa por aprender a autoevaluarse. Para que los alumnos sean capaces de hacerlo es necesario que los que enseñamos los ayudemos a reconocer, metacognitivamente, la importancia de representarse bien los objetivos de aprendizaje, de anticipar y planificar la acción, y de identificar los criterios de evaluación; y a adquirir estrategias que les permitan hacerlo autónomamente.

Palabras clave: autoevaluación, autorregulación del aprendizaje, aprender a aprender, competencias.

Cuando se empieza a aprender un nuevo conocimiento, es habitual que todos los estudiantes manifiesten los mismos tipos de errores e ideas previas. Los estudios sobre las ideas alternativas muestran que estas ideas previas son generales y no dependen de las capacidades del alumnado ni del nivel sociocultural de la familia. Pero a lo largo del proceso de aprendizaje unos estudiantes son más capaces que otros de cambiarlas, es decir, de darse cuenta de las diferencias entre lo que pensaban y las nuevas ideas y maneras de hacer propuestas por los maestros, así como de tomar decisiones para revisarlas. La diferencia básica es que unos saben evaluarse (regularse), mientras que otros han desarrollado sistemas para aprender muy poco eficientes.

Cada alumno, cada persona, tiene un sistema personal de aprender que ha ido construyendo progresivamente de manera autónoma, básicamente a partir de los estímulos que recibe en la escuela y en su entorno familiar y social. Por ejemplo, unos chicos tienden a refugiarse en la repetición y en la memorización, y piden ayuda externa constantemente, mientras que otros buscan entender por qué no entienden o por qué no les sale bien. Por supuesto, los resultados de unos y otros a largo plazo son muy diferentes.

Analizaremos por qué es tan importante ayudar al alumnado a construir un sistema personal de acción a partir de aprender a comprometerse en procesos de autorregulación de sus actividades de aprendizaje, y cuáles son algunos de los aspectos que es importante enseñar para que sea capaz de hacerlo

En este escrito analizaremos por qué es tan importante ayudar al alumnado a construir un sistema personal de acción a partir de aprender a comprometerse en procesos de autorregulación de sus actividades de aprendizaje, y cuáles son algunos de los aspectos que es importante enseñar para que sea capaz de hacerlo. La finalidad es ayudar a los chicos y a las chicas a ser lo más autónomos posible aprendiendo, responsabilizándose de su aprendizaje y del de sus compañeros.

Aprender a evaluarse

¿Por qué aprender a evaluarse es una de las condiciones más importantes para aprender a aprender?

Como es sabido, aprender no se relaciona tanto con incorporar en la memoria informaciones tal cual, sino con reconocer cómo estas nuevas informaciones nos plantean cambios en las formas previas de pensar, hacer, hablar, sentir o valorar. Por tanto, tiene mucho que ver con evaluar.

Evaluar comporta identificar dificultades y errores (y también lo que se hace bien), analizarlos, emitir juicios y tomar decisiones. Esta definición es válida para cualquier visión de la evaluación y la diferencia entre las distintas miradas reside en el tipo de juicios que se emiten, en las decisiones que se toman y en quién las toma.

Si los juicios los emiten sólo los que enseñan, con la finalidad de tomar decisiones relacionadas con clasificar y seleccionar a los estudiantes, entonces se habla de una evaluación calificadora o acreditativa (también llamada sumativa). En cambio, si los juicios se orientan a comprender las causas de las dificultades, y las decisiones, a la mejora de los aprendizajes, en ese caso se trata de una evaluación con finalidades pedagógicas. Si estas decisiones sólo las toma el profesorado, se habla de evaluación formativa; pero si se promueve que sean los propios alumnos quienes las tomen, será formadora.

La evaluación que interesa desde un punto de vista competencial es la formadora,

Evaluar comporta identificar dificultades y errores (y también lo que se hace bien), analizarlos, emitir juicios y tomar decisiones

ya que es la que promueve el desarrollo de la capacidad de los estudiantes para comprender y orientar su propio y singular proceso de aprender a aprender.

Pero ¿cómo ayudar al alumnado en este aprender a autoevaluarse? Son condiciones necesarias apropiarse de los objetivos de aprendizaje, anticipar y planificar la acción, e identificar los criterios de evaluación (Nunziati, 1990; Sanmartí y Jorba, 1995).

Apropiarse de los objetivos de aprendizaje

Las personas expertas en aprender se caracterizan porque se representan bien los objetivos, es decir, lo que quieren aprender (o qué es lo que se les propone que aprendan). Normalmente los alumnos se representan los objetivos desde perspectivas diferentes de las del profesorado, y muchas veces no saben por qué desarrollan una actividad ni para qué les sirve. Consecuentemente, son incapaces de regular si la hacen bien y si sus aprendizajes son los esperados.

Cuando en un proceso didáctico se incluyen actividades orientadas a compartir los objetivos con el alumnado y a evaluar-regular las percepciones no idóneas, se está enseñando al mismo tiempo a valorar la importancia de representarse bien su finalidad. Esto no quiere decir que los objetivos sean algo preestablecido e inmutable. Mientras se aprende (y mientras se enseña), se van reelaborando, pero sin un sistema de orientación que marque el camino es difícil no perderse.

Identificar los objetivos tiene mucho que ver con haberse planteado una buena pregunta sobre «qué quiero saber o qué quiero saber hacer». No sirve dar a los estudiantes los objetivos ya redactados, sino que es el propio alumno quien los ha de formular y reformular.

Pero también habrá que aprender a plantearse «buenos» objetivos y «buenas» preguntas, ya que a menudo se reproducen aquellos

que tienen un carácter más reproductor. Cuando los alumnos en una salida sólo dicen que han aprendido los nombres de plantas, están pensando que esto era lo más importante de todo lo que han hecho o que ésta era la única pregunta que se habían planteado. No es fácil plantearse preguntas-objetivos productivos que comporten relacionar, deducir, comprobar, generalizar, analizar críticamente o actuar; aprender a hacerlo tiene que ver, en buena parte, con lo que sus profesores y libros de texto les planteen habitualmente.

Se dice que una pregunta bien formulada es más de media investigación. Por lo tanto, no tiene por qué preocuparnos «perder» tiempo en conseguir que los estudiantes aprendan a formularse preguntas interesantes y en evaluar-regular la percepción que tienen de los objetivos de las tareas. No es tiempo perdido, sino tiempo ganado.

Anticipar y planificar la acción

Una de las diferencias entre los buenos aprendices y los que no lo son tanto tiene que ver con la capacidad de pensar antes de hacer. La mayoría de alumnos tienden a actuar sin haber planificado qué hacer, y los enseñantes solemos reforzar esta tendencia, ya que evaluamos más los resultados de una tarea que su planificación.

Necesitamos, por tanto, promover que los alumnos dediquen tiempo a la planificación de la acción y a regular si anticipan bien qué han de pensar o hacer para resolver adecuadamente una tarea o alcanzar un objetivo (pensemos, por ejemplo, qué deben tener en cuenta al interpretar un tipo de fenómeno, al construir un gráfico o al argumentar). Es importante que el alumnado ponga por escrito esta planificación y ayudarle a autorregular su representación. Algunos instrumentos que ayudan a esta planificación son las bases de orientación, los cuadernos de bitácora, las cartas de estudio, los esquemas, los mapas conceptuales o, sencillamente, los resúmenes, que se deberán aprender a diseñar, regular y utilizar.

Si se planifica bien, es mucho más probable que se sepa resolver correctamente la tarea

y, en caso de cometer errores, se dispone de criterios para identificar dónde está el error y cómo superarlo, condición para aprender.

Identificar los criterios de evaluación

Un tercer aspecto necesario para ser capaz de autoevaluarse se relaciona con reconocer los criterios que permiten decidir si se están alcanzando adecuadamente los objetivos previstos. Normalmente los criterios de evaluación son implícitos y los que aprenden los han de intuir. Algunos alumnos suelen reconocer qué es lo que se valorará de su trabajo o qué es importante valorar del trabajo de un compañero o compañera, pero la mayoría no han desarrollado esta capacidad, que requiere también buenas dosis de empatía.

Sin identificar los criterios de evaluación es muy difícil hacer bien una tarea. Estos criterios se relacionan, por un lado, con los aspectos que se han tenido en cuenta al planificar la actividad (por ejemplo, las partes de una argumentación); y por otro, con el grado de pertinencia, coherencia, complexión, precisión, organización..., de las decisiones tomadas.

Generalmente reconocen su importancia cuando evalúan producciones de los compañeros y les tienen que explicitar propuestas para mejorarlas. Es entonces cuando perciben que no se trata tanto de saber si algo está bien hecho o no, sino de identificar dónde está la dificultad y sus posibles causas. Sin entender por qué algo no se ha hecho bien, es difícil plantear propuestas útiles para regular el trabajo realizado.

Se necesita a los demás para aprender a evaluarse

Cuando una persona realiza una tarea no tiende a cuestionarse si se la ha representado adecuadamente. El profesorado puede intentar comunicar los objetivos explicitándolos verbalmente o por escrito, insistir en la necesidad de pensar-planificar antes de actuar y animar a aplicar criterios de evaluación antes de dar por terminada una actividad, pero a los alumnos les es difícil reconocer la importancia de todo

ello y, muy especialmente, de que sea necesario para su aprendizaje.

Para superar esta dificultad, además de dar valor, en la evaluación calificadora, en cuanto a cómo aplican estas capacidades y no sólo a los resultados, es muy útil la evaluación entre iguales. Cuando se evalúan los objetivos, la planificación o los criterios de evaluación que ha planteado un compañero o compañera, es cuando se reconoce mejor si los propios eran adecuados, tanto si el otro los ha planteado bien como si no.

No aprendemos solos, sino en interacción. Cuando es el profesorado quien propone las ideas, los aprendices tienden a no explicitar las suyas propias ni a cuestionarlas, ya que el enseñante siempre tiene razón y no vale la pena dedicar tiempo al esfuerzo que supone revisar las propias. En cambio, cuando es un igual el que dice algo, se tiende más a compararlo con lo que uno piensa o hace, y a buscar cómo saber cuál de las dos representaciones es mejor.

A veces se cree que es mejor que los alumnos no se evalúen entre ellos porque se pueden generar conflictos al no estar de acuerdo con la evaluación del otro o porque el evaluado se sienta poco valorado. Pero estos problemas no se resuelven ocultándolos, sino racionalizándolos y creando nuevos valores colectivos. No hay duda de que alrededor de la evaluación se dan muchas emociones negativas, que cualquier persona ha de aprender a gestionar.

Por eso es tan importante que en el aula se promueva la empatía y los valores que favorecen la cooperación y la ayuda mutua. El aumento de la autoestima proviene no solamente de comprobar que se aprende, sino también de experimentar el sentimiento que se genera al ayudar a otros y al ser ayudado.

Se aprende a aprender aprendiendo conocimientos significativos

Una última reflexión. Se podría pensar que, si se aprende a aprender, se puede aprender lo que se quiera por uno mismo; de la misma forma que se creía que si un alumno sabía aplicar el «método científico», podía, aplicándolo, redes-

cubrir las ideas de la ciencia. Pero al conocimiento cultural generado por la humanidad a lo largo de siglos se accede interactuando con personas que lo han interiorizado y que se proponen compartirlo con otras que aún no lo han hecho.

Es cierto que a hacer algo se aprende haciéndolo, pero sin la ayuda de una persona experta que sepa bien cómo hacerlo y que oriente sobre las ideas y los procedimientos que hasta el momento se han demostrado válidos, es muy posible que el tiempo de aprendizaje sea muy poco eficaz y eficiente.

Por tanto, aprender a autorregularse no es un fin en sí mismo, sólo tiene sentido si es útil para aprender conocimientos significativos que, a su vez, sean potentes para continuar aprendiendo alrededor de ellos, es decir, para ser cada vez más capaces de comprender y actuar responsablemente en nuestro entorno.

HEMOS HABLADO DE:

- Competencia de aprender a aprender.
- Autorregulación del aprendizaje.
- Educación integradora.

Referencias bibliográficas

NUNZIATI, G. (1990): «Pour construire un dispositif d'évaluation formatrices». *Cahiers Pédagogiques*, núm. 280, pp. 47-64.

SANMARTÍ, N.; JORBA, J. (1995): «Autorregulación de los procesos de aprendizaje y construcción de conocimientos». *Alambique. Didáctica de las Ciencias Experimentales*, núm. 4, pp. 59-77.

Neus Sanmartí Puig

Universitat Autònoma de Barcelona

Neus.Sanmarti@uab.cat

Este artículo fue solicitado desde AULA DE INNOVACIÓN EDUCATIVA en febrero del 2010 y aceptado en abril del 2010 para su publicación.